

SERMON
DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Non enim misit Deus Filium suum
in mundum ut iudicet mundum; sed
ut salvetur mundus per ipsum.

"Pues no envió Dios su Hijo al mundo
para condenar al mundo, sino
para que por su medio el mundo se
salve."

S. JUAN, CAP. III, v. 17.

Treinta y tres años que como si fuera viador, vivió Jesucristo sobre la tierra en medio del trabajo y del dolor, los consagró á la salud del hombre. Bajo el imperio de César Augusto nació en Belen este Sol místico de justicia, para iluminar á todos los mortales, y bajo el poder de Poncio Pilato murió tambien en el Calvario para salvar á todos los hombres. Por manera que saliendo de lo alto este Verbo Eterno de Dios, que fué el Deseado de las naciones, se vistió de nuestra carne, con el objeto de visitarnos, no como Juez, sino como Mediador; no queriendo condenar á la naturaleza corrompida por la culpa, sino restaurándola con el precio infinito de su sangre, con el inagotable tesoro de sus gracias, y abriendo á su favor las entrañas de su misericordia. ¡Oh época felicísima de

la reparacion humana! ;Oh instantes precisos é inapreciables en que el Divino Cordero entregó su vida por rescatarnos de la muerte!

Vino pues al mundo para ejercer los tres oficios de Pastor, de Médico y de Redentor, que tienen un respecto inmediato á la salvacion del pecador. Como Pastor abandonó á los Angeles y descendió de los cielos al seno de una Virgen: se humanó y buscó á la oveja errante, esto es, á toda la naturaleza racional, que se manchó con el pecado de Adan. En la parábola de la oveja perdida se conoce como en un diseño hasta dónde se extendió la divina benevolencia. ;Oh! aquel Pastor amabilísimo corre por el desierto, va en su seguimiento con diligencia y cuidado; la llama, la encuentra, la carga sobre sus hombros y la vuelve al redil. ;Habrá muestras mayores de misericordia! ;Ah! la grey toda no le era tan amada como una sola oveja. Como Médico no solo curó á los enfermos con el remedio eficazísimo de todas sus virtudes, sino que verdaderamente "llevó sobre sí nuestras enfermedades y cargó nuestros dolores," como lo vió desde lejos el Profeta Isafas. Mas como Redentor compró al hombre al precio de su sangre, le dió la vida. *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

Ved, señores, de qué modo se cumplió perfectísimamente lo que el mismo Salvador habia predicho á sus discípulos: "Yo he venido al mundo para que las ovejas tengan vida, y la tengan con abundancia." Desde luego que la vida espiritual del hombre es el fruto copioso que produjo la muerte de Jesucristo. Hácia este blanco se moverá todo mi discurso; pero solici-

temos un socorro del Espíritu Santo, confiados en el patrocinio de Marfa, á quien saludó el Angel llena de gracia, al propio tiempo que le anunció que iba á ser Madre del Redentor. Ave María.

Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve."

S. JOAN, Cap. y vers. citadas

El primer Adan, cabeza del linaje humano y origen del delito, nos sujetó por su desobediencia á tres muertes: á la muerte del cuerpo, que consiste en su separacion del alma; á la muerte del alma, que consiste en la pérdida de la gracia, y á la muerte eterna, que consiste en la condenacion y separacion de Dios. El segundo Adan, Restaurador del hombre y Fuente de toda santidad, le mereció por su obediencia en el sacrificio infinito de la Cruz, tres vidas enteramente contrarias á aquellos tres géneros de muerte: la vida del cuerpo, que tornará á recibir el alma en la resurreccion de la carne; la vida del alma, que se funda en la divina gracia; y la vida eterna, que esencialmente depende de la vision y fruicion de Dios. No es mi ánimo, por causa de la premura del tiempo, desenvolver en esta ocasion la doctrina sobre la vida del cuerpo, que en consecuencia funesta del pecado incurrió en la pena de volver á la tierra de donde habia salido, hasta que llegue el dia grande y terrible del Señor. Sí presentaré á los ojos de vuestra consideracion la vida del alma ó de la gracia, por la cual es el hombre justificado, y la vida eterna, en que se reviste con la estola de la inmortalidad. Establecidos

estos principios, ya podré deducir estas dos aserciones: Primera: Que la muerte de Jesucristo hace al hombre justo; Segunda: Que la muerte de Jesucristo hace al hombre bienaventurado.

PRIMERA PARTE

¡Gran Dios! ¡Quién será capaz de explicar dignamente la excelencia de la muerte de vuestro Santísimo Hijo Jesucristo, y todos los bienes con que por ella ha sido colmado el hombre? ¡Ah! ¡nadie! Los Angeles, ¡oh fieles! se confunden, y los Serafines mas encumbrados cubren su rostro con sus alas al contemplar un misterio tan profundo. Los Escritores sagrados, exprimiendo todo su ingenio en aumentar volúmenes, al fin dejan siempre abierto el libro divino de la redencion. Solo Jesucristo le puso los últimos renglones, con decir "que todo se habia consumado." Con efecto que estas solas palabras comprenden en sí cuanto pueda saberse y cuanto no puede expresar la débil lengua del frágil mortal. Yo me contentaré con haceros presente que terminaron todos los antiguos sacrificios luego que Jesucristo ofreció á Dios el suyo propiciatorio; que satisfaciendo con perfecta igualdad á su infinita justicia, la gloria del mismo Dios fué el fin principal de su pasion y muerte. Por otra parte, el fruto santísimo del árbol de la Cruz destruyó las obras del cautivador; la luz de la verdad disipó las densas tinieblas de la mentira y del error; la santidad exterminó el pecado, y la misma vida dió vida

al hombre. Ya os habréis hecho cargo de estos otros cuatro fines, subordinados al primero, que refiere la Sagrada Escritura en diversos lugares, y por los que Jesucristo ejerció tambien el oficio de Redentor.

Mas por lo que mira á la salud del mundo, si bien es cierto que para la justificacion del pecador se requiere una cooperacion eficaz por su parte á ella, por mucho que el hombre se hubiera dispuesto desde el primer instante de su vida hasta la muerte, jamas llegaria á hacerse grato á Dios. Por lo cual fué necesaria, supuesta la voluntad divina, la pasion y muerte de Jesucristo, así para aplacar la ira de Dios, como para perdonar al pecador. Oigamos en confirmacion de esto mismo las dulces palabras que dirigió nuestro Redentor á los gentiles dentro del templo de Jerusalem y en el dia de su triunfo: "En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda; mas si muere, mucho fruto llevará." "El mismo, interpreta San Agustín, era el grano que se habia de mortificar por la infidelidad de los judíos, y tambien se habia de aumentar por la fe de los pueblos."

El hermoso edificio de la virtud se levanta en la paciencia, la humildad y caridad como sobre tres columnas principales. Jesucristo, que es un modelo práctico de todo el bien obrar, nos enseñó con su muerte á ejercitarlas de un modo perfectísimo. ¡Quién ha sido mas paciente, que el que fué conducido como la oveja al matadero; como el cordero delante del que lo trasquila, sin abrir su boca, sin dar un gemido! ¡Quién se humilló mas que el Verbo Eterno, hasta recibir la forma de siervo, hacerse á semejanza de los hombres

y vestirse con el traje de pecador! ¿Quién obedeció el precepto del Padre hasta la muerte, y una muerte de Cruz, suplicio el mas ignominioso! Si pensamos en su amor, confesarémos con asombro y con un firme convencimiento, que no tiene límites. ¡Oh! pendiente del áspero madero pronunció estas palabras inflamadas de su ardiente caridad: "Sed tengo." Los judíos entendían que era una sed corporal y exterior, y por eso le dieron á beber hiel y vinagre: se engañaron, porque su sed mas bien era espiritual é interior, causada del amor mas vivo, del amor mas puro, del amor mas constante. Quería nuestro amantísimo Salvador que en un solo momento se hubieran aprovechado todos los hombres del fruto de su sacratísima pasión; y no pudiendo menos que hacerse víctima del fuego divino, murió por sus amigos y aun por sus mismos enemigos. Este mismo pasaje nos da á entender, que no menos produce su sagrada muerte nuestra justificación como causa ejemplar que como causa eficiente. Sin embargo, añadiré el testimonio de San Pablo, que dice en su Epístola á los Romanos: "Que Dios instituyó á Jesucristo víctima de propiciación... para perdonar los pecados;" y el de San Juan, "que él es la víctima de propiciación, no solo por nuestros pecados, sino tambien por los de todo el mundo." De tal suerte, que su Santa Humanidad, segun asienta el Angélico Maestro, "es instrumento principal de la Divinidad, que comunicando su eficacia á sus acciones y pasiones, aplica su contacto sobrenatural á los hombres por la fe y los Sacramentos de fe."

¡Qué bella semejanza se encuentra entre el primer padre del género humano y Jesucristo vida nuestra!

¡Ah! En el Libro del Génesis se lee: "Que mandó Dios á Adán un sueño y formó de una de sus costillas á Eva, para que fuera su esposa y compañera." Tambien del costado de nuestro Salvador ya muerto, ó dormido en el árbol de la Cruz, nació la Iglesia Santa, para ser Esposa suya por medio de dos rios caudalosos de agua y de sangre. Grey escogida, desde este punto serás reengendrada con las aguas saludables del Bautismo y regada con la púrpura del Cordero immaculado. Aumenta tus triunfos, porque los generosos Mártires que vinieron de grande tribulación, lavaron sus estolas en esta Sangre Preciosísima. La gloria de tu origen ya la habia anunciado mucho tiempo antes el Profeta Zacarías, cuando dijo: "En aquel dia habrá una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem, para la purificación del pecador." Sí, cristianos, de este manantial inexhausto bebieron las aguas mas puras de sabiduría y virtud, los Pastores mas zelosos, los Doctores mas eminentes, los Sacerdotes mas ejemplares, los Confesores mas ilustres, los Anacoretas mas penitentes, las Vírgenes mas inocentes, las Viudas mas modestas, nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes.

Si corremos el velo al paganismo para observar de cerca á sus héroes tan alabados en la historia profana, por alguna especie de virtud moral, veremos nada mas que unos hombres sujetos á muchos vicios. Sócrates, como arguye un ilustrado orador, se pronuncia corruptor de jóvenes, Diógenes es soberbio, Pitágoras y Zenon tiranos, Aristóteles se hace adúlador de Alejandro, Anaxágoras niega su casa á los

huéspedes, y Platon se vendió á Dionisio por las delicias del vientre. No fueron así los atletas de la Religión del Crucificado, nó. "Justificados de gracia, como dice San Pablo, por la gracia del mismo, por la redencion que es en Cristo Jesus, conocieron á Dios, y como á Dios lo glorificaron." Y si en la Ley natural y en la escrita de Moisés resplandecieron hombres verdaderamente grandes, tambien alcanzaron la redencion porque abraza lo presente, lo pretérito y lo futuro.

En vista de todo esto no queda la menor duda, que por el sacrificio infinito del Calvario recibe el hombre la vida del alma. En efecto, ¿habrá mayor felicidad para el pecador, que presentarse ante el trono de Dios ya blanqueado con la Sangre de su Libertador? Mas aun no consiste en esto solo el fruto de la muerte de Jesucristo, porque al fin entrará el hombre santificado á gozar de su gloria celestial.

SEGUNDA PARTE

La perpetua bienaventuranza, aquel lugar felicísimo de gloria, se nos pinta en las Divinas Escrituras como una fuente, como un torrente de delicias, como la Ciudad de Dios á quien alegra el ímpetu del rio, como la celestial Jerusalem, á quien inunda el diluvio de deleites, y como un océano inmenso de gozo, en cuyas aguas se hallan sumergidos los Santos. Es tambien la corona de justicia que se da al que legítimamente haya peleado; la margarita preciosísima que

compra el mercader, que vende todas sus cosas; y la merced que se debe al operario. Ya veis, señores, que para conseguirla se requiere ejercer uno de los tres oficios indicados, esto es, ó de soldado, ó de comerciante, ó de operario; pero esta solamente es una condicion, porque á la efusion de la sangre del Salvador se atribuye justamente la salud eterna en razon de mérito.

El esforzado Josué que guió al pueblo de Israel por el desierto hasta llegar á la tierra de promision que manaba leche y miel, figuraba á Jesucristo que, caminando por lo mas montoso y formidable del desierto de este mundo, es decir, por entre las espinas, los clavos y la Cruz, condujo á su pueblo, que somos nosotros, á las naciones todas que viven en el destierro del siglo, hasta la verdadera tierra de promision que es el cielo, cuyas puertas nos abrió con su Sangre y en el cual entró primero por su muerte. Si á la púrpura de los Mártires se le llama la llave del paraíso, ¿cuánto mas le corresponderá este nombre á la Sangre de Jesucristo, que da virtud y fortaleza á los mismos Mártires? Si la gracia es el principio del mérito, y Jesucristo la tuvo no solo como hombre particular, sino como Pontífice y como Cabeza de todo el mundo, mereció por su Sangre para sí y para todos los hombres. Si la Encarnacion del Verbo fué una fianza ú obligacion de la pasion del Señor, la pasion de Cristo es una caucion ó seguridad de conseguir por él mismo la eterna salud. Las siguientes palabras del Apóstol en que se declara toda la fe de este misterio, nos acabarán de persuadir la misma verdad. "Jesucristo, dice, presentándose co-

mo Pontífice que es de los bienes futuros, y hallada la eterna redencion, esto es, la que da al hombre la bienaventuranza interminable, entró una vez en el Santo de los Santos por un tabernáculo mas amplio y perfecto; no hecho con manos, á saber, no de esta creacion; ni por la sangre de los machos de cabrío ó de los becerros, sino por su propia Sangre."

¡Oh infinita bondad de Dios! ¡Oh copiosa redencion! "El que no perdonó á su propio Hijo, segun la frase de San Pablo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo tambien no nos dió con él todas las cosas?" Con solo decir todas las cosas, ya se deja entender que nos hizo participantes aun de las futuras. Pero con mas claridad expresa esto el mismo Apóstol, cuando escribe así en otro lugar: "O el mundo, ó la vida, ó las cosas futuras, ó las presentes, todas son vuestras." Era tambien necesario que se cumpliese la divina palabra revelada en el antiguo Testamento: "Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy, pídemela, y te daré á las gentes por tu herencia." Nacidos, pues, en la Iglesia de Jesucristo, no como hijos de la esclava, sino como hijos de la libre: regados con la Sangre Purísima del Esposo, que quita el reato de la pena eterna, adquirimos derecho á la inmortalidad dichosa. Esta es la herencia del nuevo Testamento, que el Hijo natural de Dios cerró con el sello de su Sangre, y que dejó á sus hijos adoptivos para que la poseyesen alguna vez perpetuamente.

Aunque el tiempo ya urge y mi discurso declina hácia su fin, no convalidaré omitir esta otra prueba incontestable. ¡Oh prodigio del divino amor! Cuando los judíos preparan á Jesucristo dolores, él les pre-

para delicias; cuando le entrelazan una corona de agudas espinas, él les libra coronas de gloria; cuando previenen los clavos y la Cruz, él les previene las llaves de las puertas del cielo, y un tálamo de gozo inefable. Nacion privilegiada, pueblo ingrato, tú meditarás en la infamia y el suplicio; tú pondrás en planta tus iniecos deseos hasta sacrificar al inocente; pero tú misma verás cómo Jesucristo, rodeado de tormentos y en medio de dos malhechores con quienes quisiste compararlo, salva á aquel venturoso Ladron que vehementemente se arrepiente de sus crímenes é implora su grande misericordia. Confúndase el infierno, porque no solamente lo perdona, sino que tambien lo enriquece con los dones de su gracia y le concede el último fin de la redencion: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

¡Qué otra cosa me restará deciros en recopilacion de todo lo expuesto? Nada mas que repetiros, reduciendo toda esta doctrina á sus principios: "que Jesucristo, el Señor de las virtudes," como canta David, dió liberalmente con su muerte la gracia al pecador, y al justo la eterna felicidad. "Este es, en expresion de San Bernardo, el fruto preciosísimo de la Cruz de Cristo, y como la dignísima recompensacion de su Sangre derramada." Para expresarme con mayor claridad, la vida dichosa del hombre, ya se considere en la tierra ó en el cielo, en el alma ó en el cuerpo; toda es un favor, una gracia del Divino Redentor. La vida de la gracia es una gloria comenzada, la vida de la gloria es una gracia consumada. ¡Oh gracia vivificante, tú eres la salud del mundo! *Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

Pero hasta aquí, mas bien he tratado de la gloria con que nos ensalza la Víctima Sangrienta de la Cruz, que de los inexplicables padecimientos que costó á nuestro Salvador. Ya es tiempo de que su acerbidad no menos llame vuestra atención que excite vuestra ternura. La pasión de todos los Mártires, las penitencias de todos los justos, y los trabajos de todos los hombres, nada importan en comparacion de los dolores de Jesucristo. Su Cuerpo finísimo, como formado por obra del Espíritu Santo, sintió vivísimamente el dolor que es causado por la percepcion del tacto: su Alma purísima sintió tambien en sumo grado todas las causas de la tristeza y desconsuelo, por toda su esencia y todas sus fuerzas interiores. Y como sus sufrimientos recibieron toda su eficacia de la Divinidad personalmente unida á su Humanidad, no tienen semejantes. ¡Qué hombre habrá, pues, que viendo á Jesucristo crucificado, no se deshaga en amargo llanto, cuando en su muerte toda la naturaleza se conmovió, y aun las piedras mas duras se despedazaron? Crucifiquémonos con la cruz de la mortificación, imitemos sus virtudes, y supuesto que la caridad es como la raíz de todas, seamos unos volcanes en el fuego del amor de Dios. El Señor mandó en la Ley antigua, que de continuo ardiera el fuego en el altar, y que todos los Sacerdotes lo atizaran con la leña. Los diez preceptos del Decálogo que están conformes con esto, y que no respiran mas que el amor de Dios y del prójimo, subsisten en la Ley de gracia. Nuestro corazon es el altar de los holocaustos, de donde han de elevarse hácia nuestro Criador los perfumes del incienso de la oracion y de la mirra

de la penitencia. Los Sacerdotes introducen en él el fuego de la caridad, ó tambien añaden fuego al fuego por la administracion de los Sacramentos. Arda desde luego, queme y abraze este fuego divino á nuestro pecho, y seremos felices eternamente.

ASÍ SEA.